



Departamento de Defensa estadounidense

LA MASACRE DE GARDEZ*



Foto: AP

Sangre en Gardez, Afganistán, viernes 12 de febrero de 2010.

Larry Everest

El 12 de febrero por la tarde, unos 25 amigos y parientes se reunieron en la casa de Hajji Sharaf Udin en la aldea de Khataba, a unos km de Gardez, la capital de la provincia Paktia en el este de Afganistán.

Se reunieron para celebrar el poner nombre al nieto recién nacido de Udin. “Sentados junto a la pared del cuarto de huéspedes, los hombres se turnaban para bailar mientras los músicos tocaban”, informó más tarde *The Times (UK)*.

A eso de las tres de la mañana, uno de los músicos salió del complejo habitacional hacia el cuarto de baño. Alguien le aventó una luz en los ojos. Se metió corriendo y gritó que los talibanes estaban afuera. El hijo de Udin, Mohammed Dawood, un comandante de policía, salió a investigar con su hijo de quince años. El padre y el hijo regresaron corriendo por el patio. Desde el techo un pistolero les pegó balazos a los dos. Dawood se murió al instante. Su hijo recibió dos tiros pero vivió.

Al darse cuenta que los agresores eran de las fuerzas estadounidenses de Operaciones Especiales y la policía afgana, el segundo hijo de Udin vino a la puerta porque hablaba algo de inglés. “No tiren, trabajamos por el Gobierno”, gritó. Su madre dijo: “Pero mientras hablaba, dispararon otra vez. Vi que se cayó”.

Tres mujeres estaban agachadas detrás de Zahir en la puerta. Bibi Shirin, de 22 años, madre de cuatro hijos menores de 5 años; Bibi Saleja, de 37 años, madre de 11 hijos; y Gulalai, de 18 años. Las dos madres estaban embarazadas; Gulalai estaba por casarse.

Como si eso no fuera suficiente horror, las fuerzas estadounidenses —que dicen ser fundamentalmente distintas al Talibán y luchar por los intereses del pueblo afgano— agredieron a los sobrevivientes, que fueron “contenidos y obligados a quedarse parados descalzos en el frío durante varias horas”. Según un informe de la ONU, les dieron un “tratamiento cruel, inhumano y degradante” Ocho sobrevivientes fueron arrestados y llevados por avión a una base estadounidense-afgana donde los detuvieron y los interrogaron durante cuatro días. Luego los liberaron sin cargos.

Asesinato, mentiras, encubrimiento

La OTAN trató de ocultar la masacre. El 12 de febrero publicó la declaración “Fuerza conjunta en Gardez descubre acontecimiento horripilante”.

“La fuerza conjunta fue a un complejo habitacional cerca de la aldea de Khatabeh, al confirmar por inteligencia la actividad de militantes. Varios insurgentes sostuvieron un tiroteo con la fuerza conjunta y cayeron muertos... Cuando ésta entró al complejo, registraron el lugar minuciosamente y encontraron los cadáveres de tres mujeres que habían sido atadas, amordazadas y asesinadas. Los cadáveres estaban escondidos en un cuarto contiguo”.

Cada parte de esta declaración es mentira. No hubo tiroteo. Las víctimas no tiraron ni siquiera una piedra. Las mujeres no estaban atadas, amordazadas, escondidas ni encontradas muertas. Las fuerzas estadounidenses se negaron a dar tratamiento médico a los heridos. Y no se ha dado ninguna investigación ni explicación.

La verdad sobre esta masacre made-in-USA salió a la luz porque el pueblo de Gardez rehusó a quedarse callados (sus “protestas paralizaron Gardez, la capital de Paktia”, informa *The Times (UK)*).

No obstante, Estados Unidos y la OTAN siguen mintiendo y obstaculizando. Todavía el 14 de marzo, funcionarios de la OTAN continuaron sosteniendo que las mujeres se murieron como resultado de un “asesinato por honor”.

¿Por qué? Porque matar a civiles es un elemento integral de la ocupación yanqui. El vocero de la OTAN reconoció que las víctimas “no eran el blanco de esta redada en particular” pero aún así justificó su asesinato diciendo: “No sé si tiraron unos balazos... Si un individuo sale de un complejo habitacional y si una fuerza de asalto está ahí, muchas veces eso es lo que desencadena el proceso de neutralizar al individuo. No es necesario que abran fuego para que se responda con fuego”. O sea, el procedimiento habitual es matar a cualquier afgani que posiblemente sea hostil, aunque está en su propia casa y solamente sale para ver quién le amenaza.

Las redadas nocturnas, operaciones especiales, asesinatos encubiertos, ejecuciones extrajudiciales, ataques por avión sin piloto, y uso de contratistas militares, detenciones generalizadas y tortura, y el

terror en general forman parte integral de la ocupación imperialista por su naturaleza. El objetivo central de la ocupación es subyugar —por las medidas que sean necesarias— a una población de la cual la mayoría no quiere estar bajo dominación extranjera y muchos han aprendido tras más de ocho amargos años de guerra y ocupación a desconfiar de los invasores estadounidenses y sus títeres en Kabul, y hasta odiarlos. El objetivo que impulsa todo eso es proteger los intereses imperialistas estadounidenses en Afganistán y la región, no liberar al pueblo afgano.

Los medios estadounidenses, sirviendo de propagadores de la guerra, apenas han cubierto la historia, que *The Times (UK)* sacó el 13 de marzo.

“No vinieron para poner fin al terrorismo. Ellos son terroristas”

Estados Unidos ofreció dos mil dólares de “indemnización” a la familia por cada víctima.

El jefe de la familia dijo: “Antes, cuando oí informes de redadas como ésta y los ancianos decían que [las tropas extranjeras] solamente vinieron para colonizar a Afganistán, les dije que estaban aquí para ayudarnos”, dijo Sayed Mohammed Mal, el vice rector de la Universidad de Gardez, cuyo hijo Mansoor era el novio de Gulalai [una de los muertos]. “Pero cuando vio eso en la casa de mi familia, me di cuenta de que estaba equivocado. Ahora acepto lo que esas personas me dijeron. Odio [a las fuerzas extranjeras]. Odio al Gobierno”.

“Los extranjeros siempre hablan de derechos humanos. Pero no les importan”, dijo el padre de Gulalai, Mohammed Tahir. “Nos enseñan derechos humanos pero luego matan un motón de civiles. No vinieron para poner fin al terrorismo. Ellos son terroristas”.

Si uno finge que no hay ninguna guerra en marcha, si uno dice: “déle a Obama una oportunidad” o “él está haciendo lo mejor que pueda para terminar la guerra”, o si uno se niega a protestar enérgicamente contra esta guerra, tiene que aceptar el hecho de que en los hechos uno está diciéndole a la población de Afganistán que esta clase de matanzas no le molestan lo suficiente como para hacer que uno haga algo al respecto, o para colmo, que a su parecer, están bien.

*Una versión completa de este artículo (con fuentes) está en revcom.us.